

bro, su fisonomía psicológica está fotográficamente revelada, tanto como su vida misma, y si es verdad que a veces retrocede a un plano secundario, hay que considerar que ello se debe a la aparición en escena de la figura primordial de José Miguel Carrera, el Jefe epónimo de esa trágica familia de proscritos. Después, la sombra dramática de Manuel Rodríguez no retrocede, ni ante O'Higgins, ni ante San Martín.

La imparcialidad es una de las buenas cualidades de esta biografía. Está medida con justeza. Pero ... es una imparcialidad volitiva, cerebral: subrepticias, muy disimuladas, nos parece sospechar, bajo el desnivel de los respectivos caracteres, instintivas corrientes de simpatía del autor por algún personaje capital del libro! Es el sentido de la raza. ¡Yo no sé qué sentido tiene este sentido de la raza, que, a través de perdidas ramificaciones, aflora inevitablemente su afinidad en las fibras emotivas del hombre. Porque, este Latcham, acucioso e impulsivo, poco tiene que ver, aparentemente, con aquel calmoso O'Higgins patriota un algo acomodaticio y un mucho obcecado. Aparentemente. En el fondo, quizá la misma raíz tenaz, las mismas savias vitales que nutrieron la vieja encina prócer, afirman ahora los ímpetus enhiestos de este joven escritor.

La juventud de Latcham, demasiado exuberante acaso, es quizá uno de los actuales obstáculos para el sazonado logro de sus obras. Sus libros, bellos algunos, nos parecen todos un poco agrios, agridulces,

frutos tempraneros. Pero, el árbol es de noble fibra, y llegarán los días de la madurez espléndida...

Ricardo Latcham, ha ido conjugando, con mayor o menor perfección, todos los géneros y modos literarios. También esto hay que considerarlo. Su intención, ahora, ha querido poner en clara acción gramatical, un accidentado Verbo de la Independencia. Formalmente lo ha conseguido. Y si cualitativamente su vida de Manuel Rodríguez no es del todo lo que quisiéramos, quizá la culpa no sea sólo del autor, si no, también, del personaje mismo escurridizo, a la luz de la realidad...

En todo caso, hay en el libro dos condiciones valiosas, valiosísimas: la manifiesta verdad histórica, y el hondo interés dramático, que nos acompaña hasta su fin.—*Guillermo Koenenkampff*.

LITERATURA

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES Y LITERARIOS, por *Bolet Peraza*, N. (1).

Algunos escritores de América del pasado siglo y aun del presente debieron vivir por el desorden democrático de sus patrias un aciago sino, que muchas veces dió a sus existencias el carácter de algo tronchado, incompleto.

Uno de esos escritores en la Venezuela de mediados del siglo XIX fué Nicanor Bolet Peraza. Dueño de un temperamento de una riqueza vital extraordinaria, fué como buen hijo de aquel país tropical,

(1) Araluce, Barcelona.

guerrillero, político, general en las tantas revoluciones criollas, y sobre todo pintor, realista y vigoroso pintor, de su medio social. Tan accidentada vida a la que se sumaron muchos años de destierro, de obligado destierro impuesto por los sucesivos generales que doblegaron el país bajo su voluntad bárbara, da a sus escritos—hasta ahora dispersos en periódicos y revistas vanderas de la emigración o del ostracismo,—una nota de escepticismo burlón que es la defensa del hombre que se previene contra la melancolía. Ni su misma persona sale libre del contorno ya lírico, ya caricaturesco, de estas amables y deleitosas obras de circunstancias. En 1872, cuando sólo contaba 33 años, vividos con la precocidad y multiplicidad que es frecuente en el Trópico, escribía:

Oí desde 1858 los mil clarines de la guerra, que tocaban la obertura de este fandango que lleva ya catorce años, sin que sepamos cuando se habrán de sentar las parejas que lo mantienen. La guerra me llevó a la Representación nacional; tomélo a farsa y me reí de aquellos de mis colegas que lo tomaban a serio; hice unas leyes, anulé otras, me puse de pie o quedé sentado al revés de lo que pedían las circunstancias; pronuncié discursos; hice proposiciones, apoyé informes y voté candidatos, apelé al pueblo, halagué las barras, recibí aplausos, me llamaron al orden y cogí las dietas; todo como si fuera un verdadero representante de la voluntad popular. Campañas, prisiones, confinaciones en desierta isla, escondites y destierros, me hicieron docto en la ciencia de derrocar gobiernos malos, a la cual debo mi título de General y el aborrecimiento que

profeso a la idea de ser mandado por mucho tiempo por un mismo voluntarioso caballero.

Uno de estos voluntariosos caballeros, el General Guzmán Blanco y su no menos bélico sucesor, el General Crespo, mantienen a Bolet Peraza en su destierro más largo que el de «aquella isla desierta» de su mocedad. Desde 1880 hasta 1906, fecha en que muere, prolóngase su ostracismo en Nueva York dirigiendo revistas para la distante Hispano-América: la «Revista Ilustrada de Nueva York», «Las tres Américas» en que da a conocer valores nuevos de la literatura suramericana; informa a sus lectores de modas o de política, traduce cuentos de Bret Hart, esparce su gracia criolla y su experiencia de azarosa vida tropical en cuadros de costumbres y artículos de circunstancias; es amigo de Martí cuando Martí también está desterrado en Estados Unidos, y como las revistas y los ocasionales periódicos no son negocio para un público poco lector y poco comunicado entre sí—como nuestra América del año 80 al 900—Bolet Peraza fabrica y vende las maravillosas «píldoras tocológicas» para embellecer a la mujer y producir el normal funcionamiento de sus órganos internos, píldoras que más que su Literatura, habrán hecho pasear su nombre por todo el Continente.

Extraordinaria y doliente vida. Es escéptico, porque en un medio como el nuestro, un hombre de su temple y espiritualidad no tiene otra defensa que ésta de la burla y del escepticismo. Pudo ser un gran

escritor, pero el tiempo no estaba para dar esta flor de selección, esta orquídea en el invernadero americano, que debe ser un gran escritor. Y estas páginas de ahora cuarenta años, que la piedad filial ha querido salvar del olvido de los papeles volanderos y las amarillas revistas de la emigración, nos traen cuadros y apuntes deliciosos de la vida criolla; de las revoluciones, del campo americano, de la astucia y la gallardía de los jinetes llaneros, de esa malicia rural que entre nosotros suele ser el mejor reactivo contra las quimeras y los sueños imposibles. Vida y obra literaria de un hombre lleno de dones y de promesas que no pudo alcanzar, sin embargo, su estática definitiva como el accidentado medio social, como la tierra.—*M. P. S.*

POESIA

POEMAS DE LOS CAMINOS, versos
de *Héctor Mininni*.

Primer libro de un poeta, y publicado hace algunos meses apenas, estos «Poemas de los Caminos» tenían necesariamente que nacer emparentados con la estética en uso.

No es cosa fácil desentenderse de esta eterna «modernidad» que envejece cada cinco años, y hay que tener ribetes de heroísmo para desafiar las burlas de los camaradas vanguardistas, escribiendo poemas para todos, que queden al margen de la moda última y puedan leerse como se saboreaba un verso clási-

co o la estrofa modernista de Darío.

Es evidente que un poeta joven de hoy nace a la lírica tomado por el ambiente de vanguardia y reñido, por lo tanto, con dos señoras viejas que yan no entusiasman: la claridad y la sencillez.

Aceptada como irremediable la influencia del medio, no puede asombrarnos el que la mayoría de los poetas que hoy se inician sean abandonados de esa estética que todavía está por definirse y que nosotros, por desgracia, no sabemos apreciar en toda su asombrosa magnitud.

Este poeta uruguayo, debe estar, seguramente, en el justo secreto de la poesía novísima, ya que nosotros no hemos logrado penetrar la belleza de su obra.

Como un botón de su modalidad acordada a la hora artística, queremos copiar las dos estrofas que forman su poema «La revelada salutación de tu ternura».

En las ojivas del día, tu véspero
[de ansias,
el panal de tu ternura empapada de
[azul.
Plúmbea es tu onda, granero de
[estrellas.
Y es sagrada tu ánfora, vasija de
[Ofir.
Como un orifice labras tus vetas
[de oro.
Y en la impasible constelación del
[latido,
tu voz vigilante absorbe las formas
[del mar...
La revelada ternura empapada de
[azul...

Si no sabemos elogiar la belleza de este poema de vanguardia, en su sucesión de imágenes desatircu-